

Juan Carlos JIMÉNEZ, **Franco y Salazar. La respuesta dictatorial a los desafíos de un mundo en cambio 1936-1968**, Madrid: Sílex Ediciones, 2019, 242 p., ISBN 9788477379744

El profesor Jiménez presenta en este sucinto libro una doble propuesta que aúna, en primer lugar, el análisis comparativo de las dictaduras que dominaron la segunda mitad del S. XX en la Península Ibérica y, superpuesto a lo anterior, el estudio detallado de la compleja y cambiante relación entre ambas.

Franco y Salazar construyeron sendos regímenes autoritarios, en palabras del autor, “muy semejantes y muy diferentes a la vez”. Saltan a la vista, primero, las similitudes, empezando por la extraordinaria longevidad de ambos regímenes, pasando por la filiación de ambos por cierta versión de conservadurismo católico, hasta el intenso personalismo desarrollado por ambos líderes. Sirva este personalismo en sí mismo a modo de botón de muestra de esas semejanzas y similitudes. Tanto Franco como Salazar construyeron su peculiar forma de liderazgo carismático desde la absoluta ausencia de atractivo, mucho menos carisma, personal. Físicamente anodinos –descripción caritativa en el caso de Franco, habida cuenta de un físico rechoncho y un desafortunado tono de voz aflautado– y temperamentalmente adversos a las formas de comunicación política de masas que otros grandes líderes de mediados de siglo explotaron eficazmente. El autor menciona el “histrionismo de Mussolini” y la “cólera de Hitler”,

pero en esta misma categoría pueden localizarse la capacidad de conexión generada por la intimidación radiofónica de Roosevelt y la pura oratoria de Churchill. Ni Franco ni Salazar fueron capaces de, en los términos del periodista Edward Murrow, “movilizar la lengua” (castellana o portuguesa) o las nuevas tecnologías de la época, para ponerlas al servicio de su causa como sí hicieron la mayoría de los líderes carismáticos de su época. Ambos, Salazar y Franco, optaron por magnificar y explotar la frialdad y falta de empatía para construir una mística peculiar que a la vez les distanciaba incluso de su entorno inmediato y les servía de escudo.

Ambos dictadores, sin embargo, divergían en la raíz de su persona pública: Salazar explotó su capacidad intelectual y su posición como catedrático universitario, en tanto que Franco alimentó su imagen de líder militar victorioso –desde que fuera el general más joven de Europa hasta la apoteosis del Caudillo invicto. Ambos se proyectaron ante sus opiniones públicas como los garantes imprescindibles de la supervivencia de sus respectivas naciones frente a una situación de crisis existencial –a semejanza (aunque inversa en lo ideológico) del célebre *slogan* de Thorvald Stauning “o yo o el caos”. El profesor Jiménez enfatiza, en este sentido, la patente convicción de Salazar, que presenciaba con pesimismo “trágico”

el devenir de la modernidad y los retos que ésta planteaba a la sociedad portuguesa y a los que solo él podía responder. Las analogías con el “Centinela de Occidente” y garante de los “cuarenta años de paz” son evidentes y además aparecen también reflejadas y reforzadas en la opinión coincidente de contemporáneos como, por ejemplo, el citado Churchill. Y sin embargo, las semejanzas están acompañadas de también evidentes diferencias: Salazar y el salazarismo descansaron sobre una búsqueda deliberada de un consenso universal entre la sociedad portuguesa —esto no significa, enfatiza el profesor Jiménez, que semejante aspiración fuera del todo exitosa. Por otro lado Franco, el vencedor de la guerra, construyó una narrativa de vencedores y vencidos que incluía elementos de división intrínsecos que pervivieron incluso más allá de los años cincuenta, cuando el evidente esfuerzo de adaptación y apertura relativa a la modernidad deslizaron la narrativa de legitimación política del régimen hacia posiciones más, ostensiblemente al menos, inclusivas e inclinadas hacia la reconciliación.

La misma tónica de notables similitudes y diferencias cruciales marca también la comparación entre la praxis política del franquismo y el salazarismo. El autoritarismo y la concentración de poder en la figura personal de ambos líderes y la dependencia de ambos líderes del estamento militar —más ostensible en el caso del general, pero exactamente igual de crucial en el caso del catedrático. Ambos re-

gímenes se colocaron también en el liberalismo acérrimo y clerical como sustento de la anti-modernidad y, ambos sistemas políticos, bregaron con un entorno ideológicamente hostil mediante la transacción y el acomodo. Portugal reteniendo formas de gestión económica deliberadamente calculadas para retener un modelo económico diseñado para proteger una sociedad tradicionalista, al tiempo que optaba por integrarse en la tupida red institucional que surgió en el tránsito de la II Guerra Mundial a la Guerra Fría por la vía de pertenencia (en calidad de Estado fundador) a la OTAN y a la EFTA (o Asociación Europea de Libre Comercio), así como la participación en el Plan Marshall. La España de Franco, por el contrario, afrontó la post-Guerra Mundial desde el aislamiento y el rechazo internacional, pero mostró una clara voluntad de abandonar la autarquía económica y experimentar con los modelos económicos imperantes en el mundo de postguerra. Paradójicamente, la tecnocracia económica proyectó a esa España semi-aislada y marginada por las organizaciones internacionales hacia cotas de desarrollo económico y cambio social homologables con los del resto de las naciones avanzadas. Portugal, por otro lado, continuaría siendo el país más pobre de la Europa occidental. Ante todo, la actitud ante los imperios coloniales marcó una de las grandes diferencias entre Portugal y España: la hemorragia de jóvenes que huían del servicio en las guerras coloniales

y el exorbitante costo de las mismas fueron fenómenos ausentes de una España que se desprendió de sus colonias con un costo humano, político y económico relativamente bajo.

Si la evolución histórica de las dictaduras ibéricas muestra notables similitudes y diferencias fundamentales que aún hoy marcan el devenir de España y Portugal, la relación establecida entre ambas dictaduras también ha condicionado la relación entre ambas naciones en la actualidad. Cuando Franco telegrafaba aquello de “cautivo y desarmado” la relación entre España y Portugal se alejaba ya de aquella dominada por el recelo luso ante el “peligro español”, por un lado, y la pulsión “iberista” que, en este lado de la frontera, afligía tanto a las izquierdas que buscaban la disolución de lo español en una solución de corte confederal que incluyera a todas las nacionalidades peninsulares, como a la órbita conservadora más proclive a la absorción directa del vecino portugués. La peculiar dinámica entre las dictaduras, paradójicamente, sentó las bases de una relación renovada que ha influido notablemente sobre la relación bilateral subsecuente. Asentada sobre las bases de una evidente, en palabras del profesor Jiménez, “cosmovisión comparti-

da” sostenida sobre lo óptica católica y conservadora de lo ideológico, lo ético y lo moral, las dictaduras crearon, sobre todo a partir de 1942, una relación “aliancista” de apoyo mutuo e interdependencia en el marco del respeto por la soberanía respectiva que llevó a superar los recelos seculares. El propio Franco, como subraya el autor, asimilaba esa relación bilateral de interdependencia a la de hermanos siameses: la muerte de uno conlleva la del otro. Y sin embargo, las dictaduras no lograron elevar esa dependencia mutua a la creación de un bloque estratégico coordinado. No parece que, en eso al menos, los gobiernos democráticos hayan logrado muchos avances.

Ágil, bien escrito e incisivo es este un libro imprescindible para el lector especializado, deseoso de asomarse al estado de la cuestión y localizar dónde se encuentran las líneas de investigación avanzada. Meritoriamente, también es, no obstante, una lectura recomendable para el público educado pero no necesariamente académico que busque una obra rigurosa y accesible acerca de las dictaduras ibéricas en perspectiva comparada.

**DAVID SARIAS RODRÍGUEZ**